

«Lee este libro, fortalece tu determinación y ayúdanos a recuperar la razón.»

—JORDAN B. PETERSON

GAD SAAD

LA MENTE

PARASITARIA



CÓMO LAS IDEAS

INFECCIOSAS

ESTÁN MATANDO EL

SENTIDO COMÚN

Traducción de
Verónica Puertollano

DEUSTO

La mente parasitaria

Cómo las ideas infecciosas están matando
el sentido común

GAD SAAD

Traducción de Verónica Puertollano



EDICIONES DEUSTO

Título original: *The Parasitic Mind*

© 2020 by Gad Saad. Published by arrangement with Regnery Publishing.

© de la traducción: Verónica Puertollano, 2022

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2022

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3328-5

Depósito legal: B. 54-2022

Primera edición: febrero de 2022

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por EGEDSA

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prefacio	11
1. De la guerra civil a la batalla de las ideas	17
2. Pensamiento versus sentimiento, verdad versus sentimientos heridos	43
3. Elementos no negociables de una sociedad libre y moderna .	65
4. Movimientos contra la ciencia, la razón e iliberales	101
5. La locura en los campus: el auge de los guerreros de la justicia social	135
6. El alejamiento de la razón: el síndrome parasitario del aves- truz	173
7. Cómo buscar la verdad: redes nomológicas de indicios acu- mulados	199
8. Llamada a la acción	237
Agradecimientos	263
Índice analítico	265

De la guerra civil a la batalla de las ideas

A menudo me preguntan por qué soy un académico tan lengua-raz, dispuesto a tratar cuestiones espinosas y complejas muy alejadas de mis áreas de interés científico. Dada la asfixiante corrección política que gobierna la academia, lo aconsejable desde la perspectiva de alguien al que sólo le preocupe su carrera profesional es hacer como esos profesores que no se salen de su *carril*. Entonces, ¿por qué me la juego una y otra vez? Como ocurre con la mayoría de los fenómenos humanos, la respuesta se halla en la mezcla única de mi persona (mis genes) y mi historia personal (mi entorno). En el ámbito personal, soy un librepensador alérgico al pensamiento de grupo, que dicta que hay que seguir la corriente y llevarse bien con todos. Los ideales motrices de mi vida son la libertad y la verdad, y cualquier ataque hacia ellos representa una amenaza existencial a lo que más aprecio. También soy el producto de mi singular trayectoria vital, moldeada por dos guerras. Son pocas las personas que experimentarán jamás los horrores de la guerra, pero yo me he enfrentado a dos en mi vida: la guerra civil libanesa y la guerra contra la razón, la ciencia y la lógica que se ha desatado en Occidente, y en especial en los campus universitarios estadounidenses. La guerra libanesa me enseñó muy pronto la fealdad del tribalismo y el dogma religioso. Es probable que eso inspirara mi posterior desdén por

la política identitaria, ya que crecí en un ecosistema donde el grupo al que pertenecías importaba más que tu individualidad. Teniendo esto en cuenta, volvamos a Oriente Próximo, a mi tierra natal.

Infancia en el Líbano

Nací en Beirut (Líbano) en 1964 y pasé los primeros once años de mi vida en «el París de Oriente Próximo». Mi familia era parte de la menguante comunidad judía que se empeñó en permanecer en el Líbano a pesar de las crecientes señales del sombrío futuro que aguardaba a los judíos libaneses. Mi padre tenía nueve hermanas y un hermano, y mi madre, seis hermanas, todos los cuales —con la excepción de una de mis tías paternas— habían emigrado del Líbano mucho antes del estallido de la guerra civil en 1975. Mis abuelos maternos murieron antes de que yo naciera, y los paternos se marcharon a Israel en torno a 1970. En mi familia inmediata hubo una tendencia migratoria similar. Tengo dos hermanos y una hermana, los tres mayores que yo (el menor me lleva diez años). Mi hermano mayor se casó con una cristiana de origen palestino y emigraron a Montreal en 1974. Mi hermana también se mudó allí antes de que estallara la guerra civil para realizar sus estudios y escapar de los peligros que se avecinaban. Por último, mi otro hermano, múltiple campeón de yudo, tuvo que huir de nuestra patria a causa de las ominosas amenazas que recibió para que se retirara; no daba buena imagen que un judío ganara repetidas veces en un deporte de combate. Siguió ese *consejo* y se mudó a París allá por 1973 para continuar sus estudios y su carrera en el yudo. La tremenda ironía fue que acabó representando al Líbano en los Juegos Olímpicos de Montreal de 1976. De ahí que el yudoca judío que no era bienvenido en el Líbano unos años antes fuese *acogido* cuando les convino a las autoridades pertinentes.

Para un niño judío, crecer en el Líbano conllevaba sus problemas existenciales. Tengo un vivo recuerdo de cuando murió el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser en 1970, pocas semanas

antes de que yo cumpliera seis años. El panarabismo (la unificación del mundo árabe) de Nasser lo había convertido en un héroe en la región y, como suele ocurrir en Oriente Próximo, miles de personas salieron a las calles en señal de duelo público por su fallecimiento. ¿Por qué este suceso pasó a formar parte de la memoria episódica de un niño de cinco años? Cuando la furiosa procesión avanzó por nuestra calle —apropiadamente llamada rue de l'Armée o calle del Ejército—, los aterradores gritos a coro de «¡Muerte a los judíos!» dejaron una huella indeleble en mí mientras me escondía junto a nuestro balcón. Ya ves, incluso en el «progresista, moderno y pluralista» Líbano, el odio endémico a los judíos siempre estaba listo para asomar su fea cabeza. Todas las calamidades en Oriente Próximo se deben en última instancia al diabólico judío. Ha llovido hoy: la culpa es de los judíos. La economía va mal: la culpa es de los judíos. El turismo ha bajado: la culpa es de los judíos. Has contraído un virus estomacal: la culpa es de los judíos. Los cristianos y los musulmanes no se llevan bien en el Líbano; lo adivinaste: la culpa es de los judíos. Y a pesar de los actuales intentos de la historia revisionista, este desprecio existencial por los judíos se remonta a mil cuatrocientos años antes de la fundación del Israel moderno. Aún recuerdo estar sentado a la mesa en el Yom Kipur (el día más sagrado del judaísmo) en 1973 y ver en la cara de mis padres la mirada de preocupación cuando se corrió la voz de que un ejército combinado árabe había atacado a Israel ese día sagrado. El odio existencial genocida no es algo que uno contrae por arte de magia y de forma súbita cuando es adulto, sino que es inculcado insidiosa y repetidamente en las mentes de unos niños por lo demás puros e inocentes. Yo fui el único de mis hermanos que no asistió a una escuela de primaria judía. Debía tener nueve o diez años cuando un día, en clase, en el Lycée des Jeunes Filles, el maestro preguntó a los alumnos qué querían ser de mayores. Las respuestas típicas —policía o futbolista— se sucedieron sin mayor incidente, hasta que un alumno dijo: «Cuando sea mayor, quiero matar judíos», y la clase estalló en carcajadas y aplausos de júbilo. Aún conservo las fotos de la clase de aquella época, y el rostro de ese niño se grabó para siempre en mi memoria.

Al contar estas historias no quiero dar a entender que nuestras vidas cotidianas en el Líbano antes de la guerra civil fuesen un infierno. Mis padres estaban muy bien integrados en la sociedad libanesa. Que nosotros fuésemos parte de la última ola de judíos que abandonó el Líbano da muestra del apego general de mis padres a nuestra patria. La mayoría de mis amigos de la niñez eran cristianos y musulmanes —uno de ellos se puso en contacto conmigo hace poco, ya que su hija estaba a punto de empezar la universidad en Montreal—. Cualquier esperanza de convivencia pacífica y duradera se hizo añicos una vez que estalló la guerra civil en 1975. Este conflicto sigue siendo el patrón de medida para las matanzas de todas las demás guerras civiles. De pronto, vecinos que habían vivido puerta con puerta durante décadas se convirtieron en potenciales enemigos. La muerte nos esperaba en cada esquina. Si no te mataba uno de los interminables bombardeos —aprendimos a ponernos a cubierto sin esperar al silbido característico de las bombas—, lo podían hacer los francotiradores si aparecías en su campo de visión. Los civiles eran secuestrados y asesinados. A veces eran abatidos mientras esperaban en las largas filas para comprar el pan —dos familiares míos evitaron esa muerte saliendo tarde a comprarlo durante un alto el fuego—. Varias milicias levantaron barricadas, donde comprobaban tu documento de identificación, el cual indicaba tu religión. Si eras de la religión *equivocada*, podías ser ejecutado. Nuestra herencia religiosa constaba como «israelita», en lugar de «judía», lo que significaba que teníamos pocos amigos musulmanes en las barricadas. De los innumerables momentos aterradores que viví durante la guerra civil, destaca en mi recuerdo uno singularmente perturbador y siniestro.

Antes del comienzo de la guerra, mis padres habían contratado un servicio que les suministraba un rollo de tela lavable para un secador de manos que había colgado en la pared de nuestra cocina. Era un precursor de los posteriores modelos con papel desechable que se encuentran en los aseos públicos. De forma periódica, venía la misma persona a nuestra casa, retiraba el rollo sucio y lo cambiaba por uno nuevo; creo que se llamaba Ahmad o quizá Mohamed. Entonces me parecía un servicio bastan-

te extraño, y ahora al contar la historia me lo parece aún más. Una noche, entre las interminables luchas callejeras y los bombardeos continuos, oí que llamaban a la puerta de casa. Fui y pregunté quién era. «Soy yo, Ahmad [o Mohamed], el que os cambia el rollo de la cocina. Abre la puerta, niño», fue la respuesta. Yo tardé un poco en reaccionar, y su insistencia se hizo más siniestra y contundente: «¡Que abras la puerta!». Yo corrí hacia mi madre. Si no me falla la memoria, había cuatro personas en casa aquella tarde: mi madre, mi hermana —que había vuelto a Beirut para visitarnos y ahora estaba atrapada allí—, un amigo de mis padres —también atrapado en nuestra casa, aunque vivía a poca distancia en coche— y yo. Mi padre no estaba; creo que estaba de viaje fuera del país, pero no recuerdo por qué. Al final volvió a Beirut y escapó por poco de la muerte en su camino de vuelta a casa. Mi madre se acercó a la puerta y habló a través de ella con Ahmad, al que acompañaban uno o varios hombres. El cruce de palabras se puso más tenso y mi madre fue a buscar al amigo, que estaba agazapado en otra habitación. Quería que los ahuyentara, y recuerdo el disgusto y el enfado de mi madre por la asombrosa cobardía de este amigo, que se negó a ayudar.

En medio de la brutalidad y el caos de la guerra civil, aún quedaba algo parecido a la ley y el orden. En un último esfuerzo, y con las probabilidades en su contra, mi madre telefoneó a la policía (a «los dieciséis», como se los llamaba en árabe), y ellos atendieron la llamada —recuerda que esto fue en plena guerra—. Cuando llegaron a casa, abrimos la puerta y dejamos pasar a todos a la cocina. El jefe de los policías les preguntó a los hombres por qué estaban allí y quiénes eran. Ahmad respondió: «Ah, mis amigos y yo estábamos en el monte y trajimos una cesta de granadas, así que nos pasamos por aquí para dársela a la familia». Después el policía —recuerdo el impresionante rifle a su lado— comprobó el contenido de la cesta, miró con frialdad a Ahmed y dijo: «Tu relación con esta familia es que les cambias el rollo del secador de manos, y decidiste arriesgarte en medio de las batallas callejeras, de noche, para traerles granadas. Si vuelvo a verte por aquí, tendrás graves problemas». Lo que ocurrió después aún me hace sentir escalofríos por la espalda. Ahmad nos lanzó

una mirada gélida y amenazante: «Volveré a por vosotros». No nos quedamos mucho tiempo en el Líbano después del incidente, así que Ahmad nunca tuvo la oportunidad de *visitarnos* otra vez.

Estaba claro que teníamos que marcharnos del Líbano lo antes posible. El día que escapamos fue como una auténtica película de acción. Aquel aciago día, unos milicianos de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) nos recogieron en nuestra casa. Habían sido contratados para llevarnos sanos y salvos al Aeropuerto Internacional de Beirut; el riesgo era que, en lugar de ello, nos llevaran a una cuneta y nos ejecutaran. La OLP controlaba los alrededores del aeropuerto, así que no había muchas posibilidades de cruzar los puestos de control si no te acompañaba una milicia adecuada. Uno de los hombres armados me preguntó si quería sostener su ametralladora, lo que hice con emoción y turbación. Recuerdo que, de camino al aeropuerto, mi padre dijo que se había olvidado su cinturón-monedero en casa y que teníamos que volver para cogerlo. Los militares rechazaron la petición de mi padre y continuamos nuestro precario viaje. Mi siguiente recuerdo es tal vez uno de los más conmovedores de mi vida: el capitán de vuelo anunció que habíamos salido del espacio aéreo libanés, y en ese momento mi madre sacó una cadenita con una estrella de David —o quizá fuera un *chai*, un símbolo hebreo que representa la vida o vivir—, me la puso alrededor del cuello y dijo: «Ahora puedes llevar esto. No ocultes tu identidad y siéntete orgulloso de quien eres». Varios años después, les pedí a mis padres que llenaran las lagunas de mi memoria: ¿por qué no podía recordar ningún otro detalle de nuestro trayecto en coche al aeropuerto de Beirut? Al parecer, al cruzar los distintos barrios, los milicianos que nos llevaban intercambiaron fuego con milicias no afines. Íbamos agazapados en el coche, con el equipaje sobre nuestras cabezas. No recuerdo ese incidente.

Mi primera impresión en Montreal fue el frío que hacía; nunca había experimentado ese clima. Dicho esto, recuerdo pensar que era mejor que cayeran copos de nieve que bombas. Recuerdo vívidamente que mis padres me llevaron en coche a la escuela de primaria Iona. Era un día gris y deprimente. El maes-

tro me pidió con amabilidad que me pusiera de pie delante de la clase y me presentara. Era una escuela de lengua inglesa, y yo sabía muy pocas palabras en inglés, más allá de las que pudiera haber aprendido cuando veía los *spaghetti westerns* de niño en Beirut. Dije: «*Mon nom est Gad Saad. Je viens du Liban*» [Me llamo Gad Saad. Soy del Líbano]. Me enfrenté a la temible mirada vacía colectiva. Hice el gesto de sostener una ametralladora y disparar a todos mientras decía: «El Líbano, el Líbano». Hace poco me encontré con un compañero de clase, presente aquel primer e infausto día de colegio, y me dijo que a él también se le había quedado grabado el episodio. Quizá fue poético que nos encontráramos en la barbacoa de fin de año de la escuela de primaria de mi hija.

Aunque habíamos llegado sanos y salvos a Montreal en 1975, nuestra pesadilla libanesa se prolongó mucho más. A mis padres les resultó difícil adaptarse a sus nuevas vidas en Canadá y, por tanto, no cortaron del todo sus lazos con su patria hasta 1980. Ése fue el año en que mis padres hicieron uno de sus imprudentes viajes a Beirut y fueron secuestrados por Fatah. Estuvieron cautivos varios días y se enfrentaron a una realidad muy desagradable. A mí no me informaron de su desaparición, para intentar protegerme, y no me enteré de lo sucedido hasta que mis padres fueron liberados (gracias a que figuras políticas de alto nivel intercedieron a su favor). Uno de mis compañeros de clase en el instituto, que también era libanés-judío, sí estaba al tanto del secuestro de mis padres —los suyos y los míos eran amigos de toda la vida—. Más tarde me contó que le había extrañado mucho que yo pareciera tan despreocupado y alegre durante la desaparición de mis padres. No sabía que yo no era consciente de la suerte que habían corrido mientras se desarrollaban los trágicos acontecimientos. Cuando mis padres estaban a punto de embarcar en su último vuelo de salida del Líbano, sus amigos les recordaron que, aunque era muy triste verlos marchar, nunca debían regresar. Y siguieron ese sabio consejo. Me enteré de la gravedad de la situación al reencontrarme con ellos en Montreal. Nunca olvidaré el trauma en sus ojos, ni la parálisis facial asimétrica que sufrió temporalmente mi padre. También recuerdo que me

obsesionaba la posibilidad de que mi madre hubiese sido violada en grupo por sus captores.

Escapar milagrosamente del Líbano me dio un respiro durante los siguientes quince años, aproximadamente. Sin embargo, la fealdad del tribalismo ideológico volvió para atormentarme en los campus universitarios. Pero, antes de llegar a eso, quiero hablar de los dos ideales vitales que mejor explican por qué luché contra los enemigos de la razón.

Mis ideales de vida: la libertad y la verdad

A mí siempre me han interesado sólo dos profesiones: futbolista y profesor. Mi plan era tener una intensa carrera deportiva y, una vez retirado, terminar mis estudios y ser profesor. Aunque es bastante raro que los atletas profesionales completen estudios superiores, Sócrates, el capitán de la selección brasileña en la Copa Mundial de Fútbol de 1982, también era médico. Brian May, el guitarrista de la legendaria banda de *rock* británica Queen, no era deportista, pero se doctoró en Astrofísica por el Imperial College de Londres en 2007, décadas después de dejar los estudios para concentrarse en su carrera musical. Ciertamente no era una quimera aspirar a ambas carreras. Por desgracia, una demoledora lesión y otros escollos vitales acabaron con mi carrera futbolística, de modo que me volqué de lleno en mis estudios. Me licencié en Matemáticas —aunque hace poco descubrí que son *racistas*³ y Ciencias de la Computación, que se adaptaban muy bien a mi inclinación por el perfeccionismo y la pureza analítica. Al fin y al cabo, una demostración matemática es correcta o no; un código de programación tiene fallos o no. En cuanto terminé mi carrera en la Universidad McGill, me matriculé en un MBA de dos años en la misma institución. Durante mi segundo año como alumno del

3. Lucy Pasha-Robinson, «Teaching Maths Perpetuates White Privilege, Says University Professor», *The Independent*, 25 de octubre de 2017, <<https://www.independent.co.uk/news/world/americas/teaching-maths-white-privilege-illinois-university-professor-rochelle-gutierrez-a8018521.html>>.

MBA, fui uno de los pocos afortunados que el profesor Jay Conger eligió para su asignatura, Dinámica de Grupos. En cada clase profundizábamos en los principios psicológicos que arrojaban luz sobre nuestras vidas personales. Uno de los trabajos que nos mandó hacer fue identificar los guiones que definían nuestras trayectorias vitales, un marco de trabajo desarrollado originalmente por el psiquiatra Eric Berne, que estableció la teoría y la praxis del análisis transaccional. Berne sostenía que los padres legan a sus hijos guiones para sus vidas, del mismo modo que los actores reciben guiones para interpretar sus papeles. Aunque sé que los padres ejercen una considerable influencia en sus hijos, las teorías psicoanalíticas sobrevaloran esas fuerzas e ignoran la singular mezcla de genes que define a un individuo. De hecho, esos guiones podrían apoderarse de la vida de algunas personas («Sé un buen chico y haznos sentir orgullosos. No deshonres a la familia»), y otros podrían estar motivados por el deseo de alcanzar ciertos ideales u objetivos («Haz del mundo un lugar mejor»).

Es necesaria una profunda —y difícil— introspección para determinar si tu vida ha estado gobernada, y cómo, por un guion vital recurrente o por una afirmación recurrente de ciertos ideales. Muchas de las realidades a las que te has enfrentado pueden parecer inconexas, pero, al analizarlas con detenimiento, quizá descubras que están vinculadas entre sí a través de un guion común o un ideal que valoras. Uno de los beneficios de la psicoterapia es identificar con precisión dichos patrones en los pacientes. En mi caso, mi vida ha sido moldeada por el compromiso con dos ideales fundamentales: la libertad y la verdad. El afán por estos dos ideales no me lo impusieron mis padres, sino que es una manifestación de mi persona tal como está escrita en mis genes. Hablaré de cada ideal por separado.

El ideal de la libertad

Mi amor por la libertad se hizo evidente cuando, de pequeño, me arrastraban a la sinagoga en Beirut. Las oraciones repetidas de memoria y los rituales gregarios me resultaban muy alienantes.

Mi naturaleza inquisitiva se sentía asfixiada por el dogma religioso. No encontré ninguna libertad en la práctica religiosa; simplemente pertenecías a un grupo e imitabas sus comportamientos. Imagino que a muchos niños les parecen aburridos los ritos religiosos, pero yo sentía una repulsión visceral. Mi fuerte individualidad, incluso a tan corta edad, se rebelaba ante la presión para seguir la norma, y estaba encantado de ser el único de los cuatro hijos de mi familia que jamás asistió a la escuela judía. Cuando ya había cumplido los cuarenta años, mi padre me confesó su profundo pesar por que yo no hubiera recibido una educación judía. Le dije que le estaba agradecido por no habérmela impuesto. Mis amistades e intereses románticos han abarcado diversas razas, etnias y religiones, y eso me ha enriquecido. Saltemos a mi adolescencia, a cuando era un futbolista muy competitivo con posibilidades de ir a Europa a desarrollar una carrera profesional. Jugaba con el número 10, normalmente reservado a futbolistas con talento que saben crear jugadas y a los que se les da rienda suelta para que vaguen por el campo. Siempre que tenía un entrenador que limitaba mis movimientos, me agobiaba mucho. Mi estilo de juego requería libertad de movimiento, y cualquier restricción perjudicaba mi rendimiento.

El afán por la libertad también estaba en el origen de mi carrera profesional. Esto se manifestó en dos aspectos. La academia me garantiza la libertad de invertir mi tiempo durante el día como me parezca oportuno. A menudo trabajo muchas horas, a pesar de mi discreción sobre cuándo y dónde lo hago. Tener que asistir a dos o tres reuniones programadas en una semana me sofoca, pero estoy perfectamente relajado ante la perspectiva de pasarme doce horas en una cafetería trabajando en mi próximo libro. Tener libertad me beneficia. La gente con menos libertad laboral tiene niveles más altos de cortisol (una mayor reacción al estrés). El epidemiólogo Michael Marmot ha documentado la relación entre la salud de las personas y su grado de control sobre sus responsabilidades laborales.⁴ Más libertad equivale a más salud.

4. Michael Marmot, *The Status Syndrome: How Social Standing Affects Our Health and Longevity*, Henry Holt, Nueva York, 2004.

Hay un segundo elemento de libertad que ha definido mi carrera científica, y es la libertad de manejarme en paisajes intelectuales radicalmente distintos. Para la mayoría de los académicos, el camino a la gloria requiere la hiperespecialización: dedicarse a un nicho muy reducido y no salirse de ahí. La mayoría basa su reputación profesional en su investigación sobre áreas de interés muy limitadas. Yo no tengo el temperamento intelectual para ponerme esos grilletes en aras de una carrera profesional. En cuanto científico interdisciplinario, atravieso paisajes intelectuales dispares siempre que despierten mi curiosidad. Por este motivo he publicado trabajos en disciplinas muy variadas: comportamiento del consumidor, marketing, psicología, teoría evolutiva, medicina, economía y bibliometría. Steve Biko, el activista que luchó contra el *apartheid*, escribió un libro titulado *Escribo lo que me da la gana*. En mi caso, yo investigo lo que me gusta —y le agradezco a mi universidad su apoyo implícito a mis amplios intereses académicos—. Te imaginarás que no me caen demasiado bien los que sostienen que hay algunas cuestiones que la investigación no debería abordar nunca: conocimiento prohibido.⁵

Mi deseo de libertad intelectual es también la razón por la que soy un profesor que participa mucho en las redes sociales. A diferencia de la gran mayoría de mis presuntuosos colegas que se enorgullecen de vivir en sus torres de marfil, yo soy un profesor del pueblo. Considero que relacionarme con el público es una de mis funciones profesionales. Durante una reciente visita a la Escuela de Posgrado de Negocios de Stanford para dar una conferencia, mantuve una reveladora conversación con un colega de esa escuela que es el vivo ejemplo del sesgo de la «torre de marfil». Sabía que yo había intervenido en el popular pódcast de Joe Rogan, pero era obvio que despreciaba esa actividad pública. Parecía pensar que uno tenía que elegir: o publicas en las principales revistas científicas o intervienes en el programa de Joe

5. Joanna Kempner, Jon F. Merz y Charles L. Bosk, «Forbidden Knowledge: Public Controversy and the Production of Nonknowledge», *Sociological Forum* 26, n.º 3, septiembre de 2011, pp. 475-499.

Rogan. Le abrí los ojos al señalarle que no eran dos opciones mutuamente excluyentes, sino que un académico completo debería esforzarse por hacer ambas cosas. Muchos profesores se olvidan de que su responsabilidad profesional no es sólo generar nuevo conocimiento, sino también darle la máxima difusión. Las redes sociales ofrecen infinitas oportunidades de este tipo al permitir que las ideas se difundan con rapidez a una gran cantidad de personas. Ningún intelectual racional debería oponerse a dicha posibilidad y, sin embargo, muchos sucumben a lo que yo llamo el *síndrome de la banda de garaje*. Si formas parte de una banda con dificultades que toca en el garaje de tus padres donde sólo te oyen ellos y algunos vecinos molestos, eres un tipo legal. Pero si tu banda logra un gran éxito que llega al número uno en la *Billboard* y ahora toca en estadios ante públicos multitudinarios, eres un *vendido*. Ésta es precisamente la mentalidad de muchos académicos. Prefieren publicar sólo en revistas revisadas por pares (tocar en el garaje) y burlarse de las intervenciones en el programa de Joe Rogan (éxitos en la *Billboard* y estadios llenos). Rechazo este elitismo intelectual por razones similares a las que llevaron a Donald Trump a esquivar a los grandes medios de comunicación y relacionarse directamente con el electorado a través de las redes sociales: llevan el mensaje directo a la gente. Tenemos las herramientas para hacerlo.

El ideal de la verdad

Sin las libertades necesarias, sería imposible ejemplificar mi segundo ideal vital: la búsqueda y defensa de la verdad. Hay una relación bidireccional entre la verdad y la libertad, de modo que la verdad te hará libre (Juan 8, 32) y sólo siendo libre puedes aspirar a descubrir la verdad. Aun así, es obvio que muy pocas personas se pasan las noches en vela preocupadas por las agresiones a la verdad. Pero yo sí lo hago, y siempre lo he hecho. Cuando era pequeño, mi madre me advirtió varias veces de que el mundo no se ceñía a mis estrictos estándares de pureza intelectual, ética y moral, y menos aún a mi afán patológico por la

honestidad y la probidad. Me imploraba que comprendiera que el mundo se compone de múltiples tonos de gris, y no de una coloración dicromática en blanco y negro —aunque ella no empleó estos términos—. Cuando estoy ante una falta de honradez intelectual o un dogma ideológico, mi reacción es la de alguien que ha recibido un puñetazo en la cara. Experimento una reacción emocional y psicológica adversa que me obliga a contraatacar. Aunque soy una persona jovial y cordial, puedo ser muy peleón cuando veo desviaciones de la razón que son fruto de una ignorancia deliberada o de una diabólica hipocresía por motivos ideológicos.

La búsqueda de la verdad siempre debería prevalecer sobre el deseo defensivo del ego de tener la razón. Esto no es fácil, porque a la mayoría de la gente le resulta difícil admitir que se equivoca. Y es precisamente por esto por lo que la ciencia resulta tan liberadora. Provee un marco de trabajo para la autocorrección, porque el conocimiento científico siempre es provisional. Un hecho científico aceptado hoy puede ser refutado mañana. Por tanto, el método científico engendra humildad epistemológica. Yo crecí en un hogar donde esta cualidad brillaba por su ausencia. Varios de mis familiares son los clásicos sabelotodo que apenas muestran deferencia por alguien que pueda poseer un mayor conocimiento o juicio sobre un tema determinado. Saben más sobre el corazón que el cardiólogo; más sobre los dientes que el dentista; más sobre las matemáticas que el matemático, y más sobre la academia que el académico. Además, rara vez o nunca estaban dispuestos a admitir que se equivocaban. En lo que respecta a la humildad epistemológica, no eran precisamente reencarnaciones de Sócrates. A mí siempre me preocupó mucho esta dinámica familiar, porque consideraba que sus aires de grandeza epistemológica eran una afrenta a la verdad. Esta realidad se refleja a la perfección en una anécdota personal que tuvo lugar hace más de dos décadas.

Un familiar me dijo que los antiguos griegos eran cristianos antisemitas, a lo que repuse amablemente que no eran cristianos. Esta persona insistió en que por supuesto que eran cristianos. Entonces le expliqué que ese periodo de tiempo se señala como

«a. C.», es decir, «antes de Cristo» y, por tanto, antes del cristianismo. Una vez que tuvo claro que mi argumento era irrefutable, ¿qué crees que hizo? ¿Que me concedió la cortesía de admitir que estaba equivocado? A veces cuento esta historia y le pido a la gente que adivine cuál fue su reacción. Nadie ha logrado resolver ese misterio todavía. Cuando se le agotaron todas las esperanzas de poder demostrar que estaba en lo cierto, me miró a los ojos y afirmó con la cara muy seria: «Sí, yo ya dije que no eran cristianos, y tú dijiste que sí lo eran. Así que tengo razón». Por supuesto, los dos sabíamos que era una grotesca mentira, pero, en su burbuja de narcisismo y delirio, pudo mantener intacto su perfecto historial de conocimiento superior.

Irónicamente, la advertencia de mi madre sobre la discrepancia entre mis conceptos de pureza intelectual y moral y el mundo real se mostró en todo su esplendor en mis interacciones con algunos familiares con nula humildad epistemológica. Mi probidad intelectual fue transgredida repetidas veces por estas personas, a las que sólo les importaba que el mundo supiera que sabían más que tú absolutamente sobre todo. Esta dinámica familiar podría explicar por qué me ofenden tanto las personas que presentan el efecto Dunning-Kruger, es decir: la seguridad y confianza supremas que tiene uno en sí mismo a pesar de su idiotéz (David Dunning fue mi profesor en la Universidad Cornell). Las redes sociales están infestadas de este tipo de personas. Yo, en cambio, me siento perfectamente cómodo cuando admito ante mis alumnos universitarios que no sé la respuesta a una pregunta que me plantean. Esto genera confianza, porque los estudiantes saben enseguida que me importa la veracidad de la información que les transmito. Cuando se trata de temas que conozco bien, doy clase con confianza; con otros como, por ejemplo, los pros y los contras de legalizar el cannabis, muestro la necesaria humildad. Confucio tenía razón: «Saber que sabes lo que sabes y saber que no sabes lo que no sabes: ésa es la verdadera sabiduría».

Dado mi amor por la búsqueda y la defensa de la verdad, la academia es tanto la mejor como la peor profesión a la que podría dedicarme. A medida que progresé en mi educación univer-

sitaria, detecté una gran paradoja: las universidades son en la misma medida fuentes de verdades científicas y proveedoras de extravagantes antiverdades.

Las universidades: proveedoras de verdad y ecosistemas de basura intelectual

Una vez que terminé mi MBA en 1990, me mudé a Ithaca (Nueva York) para continuar mis estudios en la Universidad Cornell, donde realicé un máster y un doctorado en 1993 y 1994, respectivamente. En mi primer semestre, mi tutor de doctorado, el afamado psicólogo matemático y cognitivo J. Edward Russo, me sugirió que me matriculara en la asignatura de Psicología Social Avanzada impartida por el profesor Dennis Regan. Esta asignatura ejercería una valiosa influencia en mi posterior carrera científica, ya que fue donde descubrí la extraordinaria elegancia de la psicología evolutiva para explicar los fenómenos humanos. Como me interesaba el estudio del comportamiento del consumidor, había encontrado mi camino académico. Combinaría la psicología evolutiva y la psicología del consumidor para fundar el campo del consumo evolutivo. Dicho esto, mi tesis doctoral versaba sobre la psicología de la toma de decisiones. Analicé los procesos cognitivos que las personas utilizan al tomar decisiones, y en concreto: ¿cómo sabemos que hemos adquirido suficiente información para elegir una de dos alternativas en competencia? Más allá de la rigurosísima formación que recibí en Cornell gracias a muchos de los principales psicólogos y economistas del mundo, aquí también fue donde tuve mi primer contacto con algunos de los galimatías que critico en este libro. Recuerdo que asistí al seminario de doctorado del profesor Russo y que nos habló del creciente número de artículos posmodernistas que se estaban publicando en las principales revistas de investigación sobre los consumidores. Uno en particular ejemplificaba muy bien esta locura anticientífica. En 1991, Stephen J. Gould (que no debe confundirse con el difunto paleontólogo de Harvard) escribió un artículo en una de las revis-

tas más prestigiosas del campo de la investigación sobre el consumidor. Se titulaba «La automanipulación de mi energía vital omnipresente y percibida a través del uso del producto: un punto de vista introspectivo de la praxis». En el artículo empezaba lamentándose de lo siguiente: «Gran parte de la investigación sobre el consumidor no ha explicado muchos aspectos experienciales de mi propia conducta como tal, en especial la dinámica diaria de mi energía vital omnipresente y autopercibida». ⁶ Un poco narcisista, ¿no? Después continuaba con un extravagante ejercicio de metodología posmoderna, la autoetnografía —una forma bonita de decir que está escribiendo una entrada en su «querido diario», formulada con una serie de chorradas pseudointelectuales—. En los siguientes dos párrafos comparte su visión *académica* sobre su erección y su orgasmo:

Por ejemplo, recuerdo experimentar sensaciones que me recorrían todo el cuerpo, incluidos los genitales, de modo que siento algo similar al deseo sexual respecto a comer. No estoy diciendo que el deseo de comer fuese exactamente el mismo que el sexual, sino que se solapaban. Por ejemplo, no tuve erecciones con la comida, pero sí experimenté una excitación similar a la sexual en términos de sensaciones eléctricas y golpes de calor y frío, registrados en los genitales y que después subieron, cuando al fin estaba comiendo. ⁷

Excitarse a propósito con una película erótica genera un flujo más intenso del estado de excitación, de modo que los latidos del corazón son apreciables y rápidos; me siento muy caliente y mi cuerpo se estremece con tal intensidad que puedo llegar a temblar. Este estado se intensifica aún más cuando mi esposa y yo utilizamos ciertas técnicas asiáticas de control del orgasmo que aumentan y prolongan el placer durante periodos de días o semanas (Gould, 1991b), y después vemos una película erótica para generar

6. Stephen J. Gould, «The Self-Manipulation of My Pervasive, Perceived Vital Energy through Product Use: An Introspective-Praxis Perspective», *Journal of Consumer Research* 18, septiembre de 1991, p. 104.

7. *Ibidem*, p. 202.

una energía que va *in crescendo* hasta su culminación: la excitación que alimenta la excitación.⁸

Houston, tenemos un problema.

Más allá de tener un breve contacto con el posmodernismo y otros movimientos asociados, durante mis años de doctorando me quedó claro que muchas de las ciencias sociales carecían de pensamiento basado en la biología. La mayoría de los fenómenos humanos se enfocaban desde el punto de vista del constructivismo social (la creencia de que nuestras preferencias, decisiones y comportamientos son moldeados en gran parte por la socialización). Esto me parecía una idea sin sentido. Es indudable que el entorno importa, pero también nuestra herencia biológica. Me fui de Cornell en 1994, recién doctorado, y me uní a la Universidad Concordia de Montreal como profesor asociado en la escuela de negocios. Durante los años siguientes mantuve mi puesto con la posibilidad de ser profesor titular, lo cual conseguí en 1999. Vivía dos realidades profesionales distintas. Mis colegas de las ciencias naturales consideraban encomiable mi intento de darwinizar la escuela de negocios. No fue así en el caso de mis colegas de las ciencias sociales, que en su mayoría veían esos intentos con desdén. Según ellos, la teorización basada en la biología era demasiado reduccionista para explicar la conducta de los consumidores, y plantear que las diferencias de sexo pueden tener su origen en realidades evolutivas era simplemente un «disparate sexista». Enseguida comprendí que la mayoría de los académicos feministas eran profundamente hostiles a la psicología evolutiva. Los científicos del comportamiento evolutivo me respetaban; los estudiosos del marketing se burlaban de mí. Esta biofobia (miedo a la biología como explicación de los fenómenos humanos) ha sido una forma recurrente de negacionismo de la ciencia que he experimentado durante toda mi carrera académica.

Además de ser proveedoras de anticiencia (posmodernismo) y negacionismo de la ciencia (biofobia), las universidades son el paciente cero de una amplia variedad de ideas y movimientos

8. *Ibidem*, p. 203.

terriblemente nocivos. Por decirlo con las inmortales palabras de George Orwell: «Uno debe pertenecer a la intelectualidad para creer cosas así: ningún hombre corriente podría ser tan idiota».⁹ La proliferación de muchas de estas malas ideas ha hecho que se inviertan los mecanismos de recompensa en la academia: se premia la mentalidad de rebaño y se castiga a los pensadores innovadores; se premia a los académicos que no se salen de su *carril* y se castiga a los académicos francos y directos; se premia la hiperespecialización y se desprecia el pensamiento sintético amplio; todas las cualidades que deberían definir la valentía intelectual se consideran un problema y se premia cualquier cosa que se adhiera a los principios izquierdistas del progresismo. Los que creen en la igualdad de resultados consiguen trabajos administrativos mejor remunerados, y se recela de los que creen en la meritocracia. Si se descontrolan, las ideas patógenas parasitarias que se engendran en las universidades acabarán infectando todos los aspectos de nuestra sociedad.

Las ideas patógenas como parásitos de la mente humana

Cuando se le pregunta qué animal le da más miedo, la mayoría de la gente suele decir un gran depredador (gran tiburón blanco, cocodrilo, león, oso) o quizá el escorpión, la araña o la serpiente —los seres humanos han evolucionado para tener la disposición de adquirir tales fobias—. Llama la atención que no figure en la lista el animal que, con creces, ha matado a más seres humanos a lo largo de la historia: el letal mosquito. Resulta que sufro una profunda fobia a los mosquitos. Muchas noches he tenido a mi esposa despierta en una habitación de hotel —normalmente durante unas vacaciones en el Caribe— para cazar un huidizo mosquito. Suelo recordarle que ésta es una fobia perfectamente adaptativa. Tiene mucho más sentido temer a los mosquitos que obsesionarse con que te pueda atacar un gran tiburón blanco.

9. George Orwell, *Notas sobre el nacionalismo*, Debate, Barcelona, 2012.

Los mosquitos matan a sus víctimas al transmitirles varios patógenos biológicos mortales, como la fiebre amarilla (virus) y la malaria (parásito). En términos más generales, una de las mayores amenazas a las que nos hemos enfrentado los seres humanos a lo largo de nuestra historia evolutiva es nuestro contacto con una amplia variedad de patógenos, como la tuberculosis, la lepra, el cólera y la peste bubónica (bacterias) y la polio, la gripe, la viruela, el VIH y el ébola (virus). La buena noticia es que hemos encontrado formas de moderar —o erradicar— muchos de estos peligros con más higiene y mejores saneamientos, vacunas y, a veces, soluciones fáciles como instalar una mosquitera.

El propósito central de este libro es analizar otro conjunto de patógenos que son potencialmente igual de peligrosos para la condición humana: los patógenos parasitarios de la mente. Se componen de patrones de pensamiento, sistemas de creencias, actitudes y modos de pensar que parasitan la capacidad de razonar con propiedad y rigor. Una vez que estos virus de la mente se apoderan de los circuitos neuronales, la víctima afectada pierde la capacidad de emplear la razón, la lógica y la ciencia para conducirse por el mundo. Entonces se hunde en un abismo de infinita locura, caracterizado por un obstinado y orgulloso alejamiento de la realidad, el sentido común y la verdad. Aunque los parásitos pueden atacar y habitar diferentes partes del cuerpo, la neuroparasitología se ocupa de la clase de parásitos cerebrales que manipulan la conducta del huésped de varias formas. El reino animal está lleno de ejemplos de patógenos biológicos que, tras infectar el cerebro de un organismo, producen resultados siniestros, como la muerte reproductiva del huésped (castración parasitaria) o la muerte total (el huésped se suicida al servicio del parásito). Consideremos el ejemplo de la avispa de las arañas, cuyo comportamiento es verdaderamente macabro. Pica a una araña mucho más grande que ella y la deja en un estado parecido al de un zombi. Entonces, la avispa la arrastra a una madriguera y pone sus huevos sobre ella.¹⁰ Sus crías acabarán devorando a la

10. Para más información sobre las avispas parasitoides, véase Frederic Libersat, «Parasitoid Wasps: Neuroethology», en Michael D. Breed y Janice

desventurada araña *in vivo*. El *Parelaphostrongylus tenuis* es un parásito que infecta el cerebro de los ungulados (alces, ciervos), lo que a veces provoca que los animales afectados se pongan a dar vueltas sin parar. Este comportamiento robótico persistirá incluso cuando los depredadores se acerquen al desgraciado animal. Un tercer ejemplo de parásito cerebral es el *Toxoplasma gondii*, que al infectar el cerebro de un ratón le hace perder su miedo adaptativo a los gatos. Por último, los netamorfos constituyen una clase de parásitos que inducen al suicidio a una gran variedad de insectos, como los grillos, las cucarachas y las mantis religiosas. Por ejemplo, el gusano gordiáceo consigue que su huésped (el grillo) salte a una masa de agua —que normalmente evitaría— para que el parásito pueda abandonar el cuerpo y buscar pareja.¹¹ Del mismo modo que los parásitos cerebrales han evolucionado para aprovecharse de sus huéspedes al servicio de sus objetivos evolutivos, los virus parásitos de la mente —las devastadoras malas ideas— actúan de forma similar. Parasitan la mente humana y la inmunizan frente al pensamiento crítico mientras buscan formas inteligentes de propagarse en una población determinada, por ejemplo, haciendo que los estudiantes se incorporen a los departamentos de estudios sobre la mujer.

Entre los virus parasitarios de la mente que trato aquí figuran el posmodernismo, el feminismo radical y el constructivismo social, que prosperan sobre todo dentro de un ecosistema infectado: la universidad. Aunque cada virus de la mente constituye una cepa distinta de locura, todos se rigen por el rechazo total de la realidad y el sentido común: el posmodernismo niega la existencia de verdades objetivas; el feminismo radical se burla de la idea de las diferencias innatas de los sexos basadas en la biología, y el constructivismo social postula que la mente humana es en su

Moore (eds.), *Encyclopedia of Animal Behavior*, vol. II, Academic Press, Oxford, 2010, pp. 642-650.

11. Para leer un tratado académico sobre el tema, véase Janice Moore, *Parasites and the Behavior of Animals*, Oxford University Press, Nueva York, 2002. Para una explicación menos técnica, véase Kathleen McAuliffe, *Yo soy yo y mis parásitos: cómo criaturas minúsculas manipulan nuestro comportamiento y transforman sociedades*, Indicios, Madrid, 2017.

origen una *tabula rasa* sin improntas biológicas. Esta clase general de virus de la mente, al que he llamado síndrome parasitario del avestruz (SPA), provoca diversas formas de pensamiento desordenado que llevan a los individuos afectados a rechazar verdades y realidades fundamentales que son tan evidentes como la fuerza de la gravedad. De forma parecida a como los diversos tipos de cáncer comparten un mecanismo de división celular descontrolada, todos estos virus de la mente rechazan la verdad para defender su ideología preferida. La tribu ideológica a la que uno pertenece varía según el virus de la mente, pero el compromiso es siempre la defensa del dogma de uno, y al diablo con la verdad y la ciencia. Aunque no está todo perdido. El SPA no tiene por qué ser una enfermedad terminal de la mente humana. Recordemos que se han derrotado muchos patógenos biológicos mediante estrategias de intervención específicas (como la vacuna contra la polio). Y lo mismo sucede con los afectados de SPA y otros virus de la mente relacionados. La vacunación contra esas mentalidades cancerosas consta de dos pasos: (1) proveer a los pacientes de SPA de información veraz y (2) asegurar que aprendan a procesar dicha información según las reglas probatorias de la ciencia y la lógica.

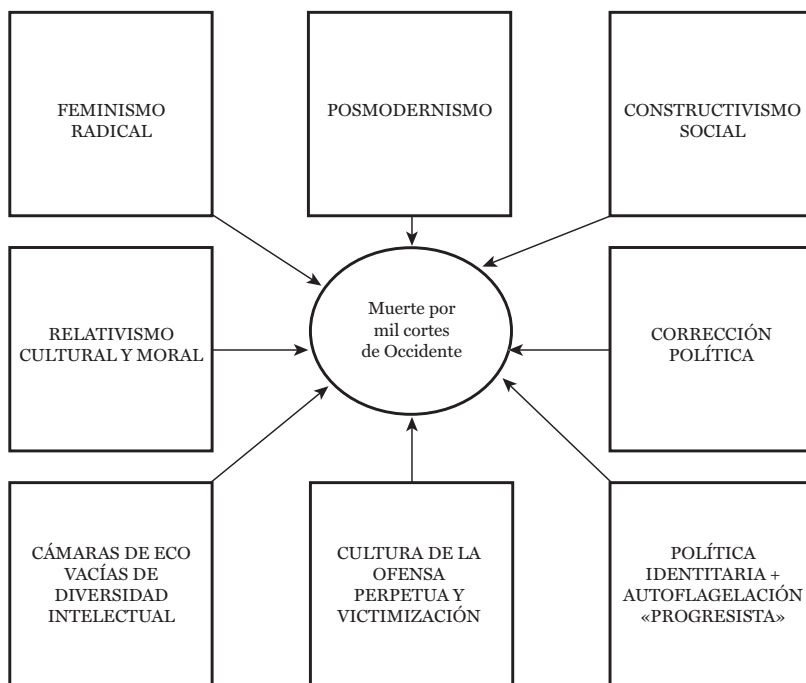
En su clásico *El gen egoísta*, de 1976, el biólogo evolutivo Richard Dawkins incorporó el famoso concepto de meme a la consciencia pública. Los memes son paquetes de información que se propagan de un cerebro a otro.¹² Al leer este libro, tu cerebro estará infectado con mis memes. Si después comentas mis ideas con tu círculo social, mis memes se propagarán aún más. No todos los memes son iguales, ya sea por su valencia (positiva, neutra o negativa) o por su virulencia (la rapidez con que se propagan). La campaña del cubo de hielo para combatir la esclerosis lateral amiotrófica (coloquialmente conocida en Estados Unidos como la enfermedad de Lou Gehrig) generó enseguida múltiples vídeos virales en YouTube, todo por una causa digna. Otros memes, en cambio, pueden tardar más en propagarse (una creencia

12. Richard Dawkins, *El gen egoísta*, Salvat, Barcelona, 2020. Véase también Susan Blackmore, *La máquina de los memes*, Paidós, Barcelona, 2000.

religiosa que rinde culto a la muerte, por ejemplo), pero tener unas consecuencias terriblemente nefastas (convencer a la gente de que estrellar aviones contra rascacielos es un acto divino). En este sentido, el SPA es una enfermedad memética de la mente humana. Cuando nos enfrentamos a una epidemia patógena, llamamos a los *matadragones* de nuestro tiempo —los especialistas en enfermedades infecciosas y los epidemiólogos— para que intervengan. Nos defienden contra una amplia variedad de patógenos monstruosos empeñados en infectarnos. Entre sus cometidos está averiguar el origen del patógeno, cómo y a qué velocidad se propaga, la identidad de la primera persona que se infectó (el paciente cero) y cómo erradicarlo. Éste es precisamente el método que se debe adoptar para derrotar a los virus parasitarios de la mente humana. ¿Cuál es el origen de estas malas ideas infecciosas? ¿Cómo se propagan? ¿En qué ecosistemas prosperan? ¿Cómo vacunamos a la gente contra sus devastadores efectos? Ése es el cometido de este libro. Es una exploración de la epidemiología de los patógenos mentales y las estrategias de intervención que nos permitirán luchar para rescatar la razón de los enemigos de la verdad.

La muerte por mil cortes de Occidente

La grandeza de Occidente reside en parte en su protección de las libertades fundamentales y su compromiso con la razón y el método científico —donde corresponda—. Sin embargo, en las últimas décadas varias fuerzas nefastas han socavado lentamente la defensa occidental de la razón, la ciencia y los valores de la Ilustración (véase figura 1). Algunas de esas fuerzas son la corrección política —tal como la imponen la policía del pensamiento y del lenguaje y los guerreros de la justicia social—, el posmodernismo, el feminismo radical, el constructivismo social, el relativismo cultural y moral y la cultura de la ofensa perpetua y la victimización (microagresiones, alertas de detonante, espacios seguros en los campus y la política identitaria). Esto ha dado lugar a un entorno que ha sofocado el discurso público de múlti-

Figura 1. Muerte por mil cortes de Occidente

ples maneras. Los académicos rehúsan investigar los temas considerados prohibidos (como las diferencias sexuales o raciales), no vaya a ser que los acusen de ser rabiosamente sexistas o racistas. Se intimida a los profesores para que empleen pronombres de género sin sentido cuando se dirigen a los estudiantes, no vaya a ser que cometan un delito de odio (véase, por ejemplo, la Ley C-16 de Canadá). Los estudiantes universitarios exigen ser «protegidos» de las ideas antitéticas a las suyas, mientras que los administradores les desaconsejan llevar disfraces «ofensivos» en Halloween. Los políticos temen criticar el islam o las políticas migratorias de fronteras abiertas, no vaya a ser que los acusen de intolerantes. En términos más generales, la gente tiene un miedo mortal a acoger cualquier opinión por la que el club políticamente correcto pueda condenarlos al ostracismo —intenta ser republicano conservador en Hollywood o en un campus universitario—. Esta zozobra está debilitando nuestra cultura porque ya no

podemos hablar unos con otros empleando un discurso racional y razonado ajeno a la mentalidad dogmática y tribal. En este libro me dispongo a describir la confluencia de fuerzas que están poniendo en peligro el compromiso de Occidente con la libertad, la razón y el verdadero liberalismo —de ahí su muerte por mil cortes—. En última instancia, cualquier intento de limitar lo que las personas pueden pensar o decir debilita el espíritu definitorio de Occidente: su compromiso sin restricciones con la búsqueda de la verdad sin los grilletes de la policía del pensamiento.

Algunos libros se han ocupado de la propagación de las actitudes antiintelectuales, antirracionales, anticientíficas e iliberales,¹³ y de los movimientos concretos que las propiciaron (el posmodernismo, el feminismo radical, el multiculturalismo como filosofía política y la política identitaria).¹⁴ Este libro entrelaza todas estas fuerzas nefastas con otras nuevas para explicar cómo produjeron la sofocante corrección política actual que la policía del pensamiento obliga a cumplir con su ejército de guerreros de

13. Algunos de ellos son: Richard Hofstadter, *Anti-intelectualismo en la vida norteamericana*, Tecnos, Madrid, 1969; Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*, Simon & Schuster, Nueva York, 1987; Jonathan Rauch, *Kindly Inquisitors: The New Attacks on Free Thought*, University of Chicago Press, Chicago, 1995; Greg Lukianoff, *Unlearning Liberty: Campus Censorship and the End of the American Debate*, Encounter Books, Nueva York, 2012; Heather Mac Donald, *The Diversity Delusion: How Race and Gender Pandering Corrupt the University and Undermine Our Culture*, St. Martin's Press, Nueva York, 2018, y Greg Lukianoff y Jonathan Haidt, *La transformación de la mente moderna: cómo las buenas intenciones y las malas ideas están condenando a una generación al fracaso*, Deusto, Barcelona, 2019.

14. Algunos de ellos son: Paul R. Gross y Norman Levitt, *Higher Superstition: The Academic Left and Its Quarrels with Science*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994; Alan Charles Kors y Harvey Silverglate, *The Shadow University: The Betrayal of Liberty on America's Campuses*, The Free Press, Nueva York, 1998; Alan Sokal y Jean Bricmont, *Imposturas intelectuales*, Paidós, Barcelona, 2008; Daphne Patai y Noretta Koertge, *Professing Feminism: Cautionary Tales from the Strange World of Women's Studies*, Basic Books, Nueva York, 1994; Salim Mansur, *Delectable Lie: A Liberal Repudiation of Multiculturalism*, Mantua Books, Brantford (Ontario), 2011, y Bruce Bawer, *The Victims' Revolution: The Rise of Identity Studies and the Closing of the Liberal Mind*, HarperCollins, Nueva York, 2012.

la justicia social —un fenómeno reciente—. También aporta un análisis actualizado del *zeitgeist* cultural en los campus y el discurso público. Por último, pone de relieve las importantes consecuencias que estos movimientos contrarios a la libertad y la honradez tienen en el mundo real, y que explican la incapacidad de Occidente para mantener un debate franco y razonado sobre el lugar del islam en nuestras sociedades laicas, liberales y modernas. También ayudan a explicar la reacción popular contra la corrección política —y sus amenazas a la libertad y la honradez— que vimos con la sorprendente llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos.

A menos que ganemos la batalla de las ideas, los enemigos de la razón, junto con los virus de la mente que promulgan, llevarán a nuestras sociedades libres a la locura y a la autodestrucción.